

## El Nuevo Fundo Tecnocrático

### Comentarios sobre la Transformación Estructural Reciente

VÍCTOR ORELLANA C.

Licenciado en Sociología de la Universidad de Chile

victorellana@gmail.com

**Resumen:** El presente artículo intenta abordar los aspectos centrales de la transformación estructural reciente en Chile y su impacto en la estructura de clases, además de comentar algunos de sus efectos en la esfera de la acción social. Se interpreta la discusión sociológica contemporánea relacionando los cambios más relevantes en la estructura de clases del capitalismo tardío con la emergencia de nuevas clases medias asalariadas y su relación con las tecnocracias. Se sugiere que la sociedad chilena presenta rasgos de este tipo que si bien la separan de la situación latinoamericana, no la instalan en el mundo desarrollado. El desafío está entonces en construir un enfoque que no se agote ni en la discusión latinoamericana –así como está planteada hoy- ni tampoco en la sociología del capitalismo más avanzado.

**Palabras Clave:** Sociedad postindustrial, tecnocracia, estructura social, clases medias, terciarización

### Patrones Contemporáneos de Modernización y Cambios en la Estructura Social:

#### La Tendencia hacia la Tercerización del Trabajo

Es recurrente para la sociología y la economía señalar que el proceso de modernización que media la transformación de una sociedad tradicional a una moderna está marcado por el paso de una economía primaria a una secundaria. En las últimas décadas ha venido tomando relevancia, desde diversas líneas del pensamiento sociológico, la preocupación por el agotamiento de la sociedad industrial: se sugiere que su propio desarrollo llevaría a una economía centralmente terciaria, caracterizada por el decisivo rol de la información y el conocimiento en la creación del valor. Aquello traería consecuencias sociales profundas al grado que habría que hablar ya de un tipo societal nuevo: la sociedad post-industrial, articulada por sujetos sociales de nuevo tipo afines a la nueva estructura, donde crecientes capas medias profesionales serían la base para una clase dominante distintiva, de rasgos tecnocráticos, imposible de ser comprendida bajo paradigmas clásicos.

Aunque muchos autores no lo plantean así explícitamente, tras un ejercicio de interpretación esta línea de razonamiento puede quedar relativamente articulada: los planteamientos iniciales de Touraine<sup>1</sup> y Bell<sup>2</sup>, que acuñan el término de *sociedad post-industrial* definida por su dirección tecnocrática<sup>3</sup>, se centran en el análisis de la estructura estableciendo la disminución del proletariado industrial

<sup>1</sup> Touraine, A (1969) "La sociedad post-industrial", Alianza, Madrid.

<sup>2</sup> Bell, D (2001) "El advenimiento de la sociedad post-industrial", Alianza, Madrid.

<sup>3</sup> El origen de esta discusión proviene de los planteamientos de Dahrendorf a mediados del siglo XX referidos al procesamiento sistémico del conflicto de clases y la similitud entre los tipos societales de países soviéticos y capitalistas, cuestión

y el crecimiento del trabajo de cuello blanco como las tendencias fundamentales de evolución de las sociedades industriales a mediados del siglo XX. La discusión sobre estas clases posteriormente será retomada por interpretaciones neomarxistas –donde destaca Olin Wright<sup>4</sup>- y neweberianas –cuyo principal exponente es Goldthorpe<sup>5</sup>-, referidas a su rol directivo en los procesos productivos tras la cada vez mayor distancia entre *control* y *propiedad*, y su papel cada vez más determinante en las disputas sociales y políticas, influyendo de manera decisiva en la resolución de la crisis del Estado de Bienestar. Todo esto puede entenderse como el contexto de cambio estructural que media la expansión de las formas de racionalidad instrumental sobre las relaciones sociales y el orden simbólico, tendiente a naturalizar las decisiones en virtud del argumento “técnico”, lo que en el fondo alude a la impronta tecnocrática que un nuevo grupo dominante le imprime hoy al mundo moderno. La opacidad que asume la discusión sobre los fines de la sociedad, y por lo tanto, la restricción del debate político a los medios más técnicamente apropiados de gestión del Estado, se transformarían en uno de los dilemas fundamentales del *capitalismo tardío*<sup>6</sup>.

Lo que intenta la línea interpretativa sugerida es vincular la preocupación por algunos de los problemas más significativos de la modernización contemporánea (como la llamada *colonización del mundo de la vida*, la despolitización de las relaciones sociales y la crisis del trabajo manual, entre otros), con la evolución de la estructura propia del capitalismo actual. El surgimiento y características de este nuevo poder desde ciertos sectores escindidos de las capas medias burocráticas y profesionales típicas del Estado de Bienestar, en el contexto de una economía terciaria cuyas expresiones más avanzadas utilizan principalmente el conocimiento científico como insumo para la creación de valor, termina siendo un hilo sugerente a la hora de vincular la discusión sociológica de las últimas décadas. Dos macrotemas de la sociología resultan reconstruidos en todo este proceso: el estudio de la estructura de clases y el orden político consustancial al capitalismo desarrollado, y el análisis de los procesos de racionalización que así mismo le son propios. En esas problemáticas comunes resulta esencial el surgimiento de las llamadas *nuevas clases medias*, su impacto en la estructura de clases y de poder, y su incidencia en los procesos de racionalización y tecnificación de las relaciones sociales. Mucho de lo sustantivo que hay en los distintos conceptos apelativos a los tiempos actuales (post-industrialismo, post-modernidad, capitalismo tardío, post-capitalismo, etc.) aluden a estas temáticas. De ahí que un examen de los fenómenos más recientes en el proceso de modernización deba atender de manera prioritaria su mirada a la forma concreta en que se presenta el crecimiento de la economía terciaria, de las ocupaciones de cuello blanco y su impacto sobre los cambios en los modos de dominación y constitución de actores.

No se pretende de ninguna manera, y ninguna de las escuelas de pensamiento mencionadas lo plantea así, que los cambios descritos son resultado de una nueva formación social ya madura, y que el capitalismo industrial junto al antiguo mundo agrario ha pasado a formar parte definitiva del museo

---

que motiva la elaboración del término *sociedad industrial* para comprender a ambos grupos como sociedades modernas afectas a desafíos análogos. Ver Dahrendorf, R. (1979) “Clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial”, de Rialp, Madrid.

4 Wright, E., O. (1985) “Classes”, Verso, Londres.

5 Goldthorpe, J. H. y Erikson, R. (1992) “The constante flux: a study of class mobility in industrial societies”, Clarendon, Oxford.

6 Habermas, J. (1997) “Teoría de la acción comunicativa, racionalidad de la acción y racionalización social”, Tomo I, Taurus, Buenos Aires.

de la historia. Se trata de hecho de cambios en curso, de tendencias que se mezclan con los sujetos y poderes ya constituidos y de cuya tensión aceleran o estancan su avance. En efecto, las tecnocracias crecen al alero del gran capital propietario, mientras que los sindicatos de cuello azul siguen siendo sujetos bastante influyentes –en cuota quizás superior que los frecuentemente promovidos *nuevos movimientos sociales*– en el entramado actual del poder. No obstante, las tendencias descritas muestran las señales más recientes de despliegue del proceso de modernización. Y como horizonte animan el *deber ser* de sociedades como la nuestra, de la misma manera en que las humeantes chimeneas de la industria pesada lo hicieron antaño.

## La Transformación Estructural en Chile y el Cambio del Modelo de Desarrollo

Resulta casi de perogrullo a estas alturas señalar que la modernización en nuestro continente no se presenta de la misma manera que en el mundo más desarrollado. Más todavía, la discusión reciente en la sociología latinoamericana respecto a fenómenos como la tercerización del trabajo o la movilidad social<sup>7</sup> está fuertemente marcada por un aire de desazón ante el retraso causado por la década de los 80. Los procesos sociales y políticos inmediatos debaten todavía las posibilidades de recuperación de la llamada *década perdida*.

En ese contexto, el caso chileno aparece fuera de foco. A diferencia del resto del continente, presenta una relación más cercana con los patrones de modernización comentados arriba, lo que instala a nuestro país como un referente regional, al menos ante los países más lejanos de las experiencias llamadas *neopopulistas*.

Si pensamos en Chile, es consenso que la dirección estratégica refundacional que toma la dictadura permite adelantar una serie de cambios que, posteriormente, asumirán sin resolver del todo las nuevas democracias en el resto del continente. Siguiendo a Ruiz<sup>8</sup>, aquellos cambios pueden situarse en dos grandes olas de reformas: la primera, a fines de los setenta y comienzos de los ochenta, estuvo centrada en la des-industrialización y la conformación del nuevo mercado laboral desregulado. Posteriormente, a mediados de la década de los ochenta, tiene lugar una segunda ola de reformas que privatiza una serie de servicios públicos estatales: la educación (municipalización, universidades privadas) la salud (la ley de ISAPRES), las telecomunicaciones (privatización de ENTEL y posteriormente de CTC), la energía (privatización de ENDESA y CHILECTRA) y la previsión (creación de las AFP).

Estas dos oleadas hieren de muerte a las bases sociales de dos de los sujetos más importantes del período desarrollista: la clase obrera y la clase media vinculada al empleo estatal. El primer caso es bastante claro. Según el registro empírico de León y Martínez<sup>9</sup>, desde 1971 a 1980 la clase obrera in-

7 Weller, J (2004) "El empleo terciario en América Latina: entre la modernidad y la sobrevivencia", en *Revista de la CEPAL* N° 84, División de Desarrollo Económico.

8 Ruiz, C (2007) "Actores sociales y transformación de la estructura social" en *Revista de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago*.

9 León, A y Martínez, J (2007) "La estratificación social en Chile hacia fines del siglo XX", en: Atria, R, Franco, R, León, A (coordinadores) (2007) "Estratificación y movilidad social en América Latina, transformaciones estructurales de un cuarto

dustrial y de la construcción pasa de un 25,8% a un 11,1% de la PEA. Por otra parte, los sectores medios vinculados al estado pasan de un 8,6% a un 6,6% de la PEA entre los años 1980 y 1995.

El punto de llegada de estas disminuciones de empleo industrial y estatal sería, en general en América Latina, la economía terciaria. No obstante, en el resto del continente, las cifras de crecimiento del sector terciario se concentrarían en ocupaciones de baja productividad en el sector informal (básicamente ocupaciones de subsistencia tras el crack social de la década), lo que motivó la discusión sobre una suerte de *tercerización espuria*<sup>10</sup> que lejos de llevar a nuestros países en la senda de la modernización post-industrial, expresaba la incapacidad del mercado de absorber el desempleo. Pero más allá de su carácter espurio, la tercerización del trabajo en los países del continente no tendría el efecto desestructurante para las fuerzas sociales del período desarrollista que tuvo en Chile. En efecto, las reformas neoliberales aplicadas en el marco de las nuevas democracias fueron resistidas y a veces hasta revertidas<sup>11</sup>.

Según las cifras de León y Martínez, los sectores medios y obreros del país vinculados a la economía de servicios llegan en 1995 a ser el 47,6% de los activos laboralmente, y en su interior, la principal categoría es la de *sectores medios asalariados privados*. Con una metodología distinta, Castells<sup>12</sup> describe una tendencia aún más profunda: desde 1990 a 1996 el empleo terciario pasó de 55,8% a 58,7%. Sobre su carácter, Weller<sup>13</sup> y Castells coinciden en que estaría lejos del patrón más espurio. Sus cifras indican que los sectores de más dinámico crecimiento serían los *servicios de producción y sociales*<sup>14</sup>, disminuyendo el empleo en los servicios *personales*<sup>15</sup>, la rama más asociadas al tipo espurio y que experimentaría las alzas más relevantes de empleo en los ochenta en América Latina.

El desmantelamiento del modelo desarrollista en Chile derivó en una economía abierta a la inversión extranjera con un fuerte componente primario-exportador en la generación de la riqueza, aunque su sello distintivo en el plano interno sería la importancia del sector servicios tanto en la generación de empleo como en el PIB<sup>16</sup>. Según Weller, 9 de cada diez empleos creados en Chile durante los

---

de siglo", LOM Ediciones, Santiago.

10 Al respecto, ver: Pinto, A (1984) "Metropolización y terciarización: malformaciones estructurales en el desarrollo latinoamericano", en Revista de la CEPAL, N° 24, Santiago. Gatica, J (1986) "La evolución del empleo formal e informal en el sector servicios latinoamericano", PREALC, Documento de trabajo N° 279, Santiago. Y Weller, J (2004) "El empleo terciario en América Latina: entre la modernidad y la sobrevivencia", en Revista de la CEPAL N° 84, División de Desarrollo Económico.

11 Todavía hoy los procesos argentino, uruguayo y brasileño, por citar algunos ejemplos, se debaten entre alternativas más neoliberales y otras más desarrollistas. En Argentina la heterogénea alianza gobernante critica la idea del país de servicios, que considera como parte del proyecto neoliberal, de la misma forma en que el Frente Amplio proclama la consigna del Uruguay productivo. En Brasil existe incluso un desarrollo industrial amplio. En el fondo, la tercerización chilena constituye una excepción tanto por su lejanía del patrón espurio como por su capacidad de transformar en derrota social la derrota política de las fuerzas sociales desarrollistas, desarticulándolas más allá de sus cúpulas, en su propio ser social.

12 Castells, M. (2000) *La era de la información, Vol I., Alianza, Madrid.*

13 Ídem.

14 Los primeros son servicios orientados a la empresa que se transan como bienes de capital, y los segundos son servicios de carácter social como salud, educación o la administración pública.

15 Se trata de servicios como limpieza y aseo del hogar, venta de alimentos preparados, etc.

16 Weller, Ob. cit.

noventa serían terciarios. Así, los servicios concentrarían tanto el empleo joven como el nuevo empleo femenino. La serie CASEN 1992-2006 muestra que el empleo femenino pasa de 32% a 38,5% de los activos; las ramas más dinámicas en este crecimiento son *servicios comunales y sociales* (de 14,9% a 16,8%) y el *comercio y restaurantes* (7,6% a 10%), lo que resulta en cierta medida consistente con lo descrito por Weller y Castells, aunque sugiere también una tendencia de carácter espurio en este último caso, sin que llegue a ser central en todo el proceso.

La mesocratización de nuestro país sería finalmente el gran logro del cambio de estrategia de desarrollo, adquiriendo tal grado de arraigo en los chilenos que en una aplastante mayoría se definen a sí mismos como de *clase media*. Establecidas las tendencias descritas del proceso de tercerización del trabajo, y despejada la posibilidad de que pudiéramos estar en presencia de un patrón principalmente espurio, aunque algunos elementos de aquel tipo existiesen, resulta relativamente razonable a ojos de los medios de comunicación y de los intelectuales más cercanos al modelo la idea de que Chile lidera a América Latina en el camino hacia *la sociedad del conocimiento*. No sólo se trata de la visible fuerza de la tecnocracia sobre el sistema político, de nuestra vertiginosa y cuasi-fetichista carrera por adquirir aparatos de última tecnología y estar *online*, o de cierto malestar cultural mesocrático y primermundista que se constituye –a falta de una presencia más sistemática de actores sociales populares– en el principal reclamo contra el régimen: se trata de un completo y complejo set de cambios y consecuencias sociales que desfiguraron totalmente las instituciones del viejo Chile desarrollista y que crean una serie de efectos nuevos. Aquí se inscribe la emergencia de nuevos sectores medios y su polaridad con los más tradicionales<sup>17</sup>, los nuevos dilemas de la familia tras la proletarianización femenina, la explosión de la educación superior con las tensiones que aquello instala en los cierres sociales de las otrora influyentes clases medias tradicionales<sup>18</sup>, la comentada égida del consumo y el sobre-endeudamiento<sup>19</sup>, etc.

## **El Carácter de la Tercerización en Chile El Capitalismo de Servicios y sus Anillos**

Sea cierto o no que Chile se encumbra hacia el desarrollo y adquiere cada vez más problemáticas de índole post-material, los cambios descritos en torno a una supuesta mesocratización de la sociedad han servido como basamento no sólo a los discursos autocomplacientes de los últimos gobiernos, sino como broche de oro al ansiado *bye bye América Latina* que nuestra élite ha predicado durante 200 años.

Evidentemente, tal pretensión resulta exagerada. Aunque no sea reductible al patrón espurio, el proceso de tercerización y burocratización del trabajo, como uno de los rasgos centrales del cambio, presenta una serie de características específicas que requieren un examen más detallado. Y tal examen podría aportar nuevas luces para una comprensión más cabal de la modernización del último tiempo: de su carácter, de su sentido, y en las vísperas del bicentenario, incluso para discutir su nivel de ruptura con la vieja tradición de nuestra élite.

17 Tironi, E (1999) "La irrupción de las masas y el malestar de las élites: Chile en el cambio de siglo", Grijalbo, Santiago.

18 Brunner, J. J. (2005) "Chile: ecología del cambio cultural" [en digital] Disponible en: <http://www.brunner.cl>

19 Moulián, T (1997) "Chile actual: anatomía de un mito", LOM Ediciones, Santiago.

Como primer elemento, sirve recuperar una distinción utilizada por Faletto y Baño<sup>20</sup> que permite diferenciar a distintos sectores de la economía según su tipo de inserción en el modelo de desarrollo. En el caso chileno, se deben tomar más en cuenta las apreciaciones de Hugo Fazio –como señala Ruiz en su artículo citado-; el capitalismo criollo está lejos del ser el paraíso neoliberal que algunos pretenden y otros critican: los principales centros generadores de riqueza no se encuentran sometidos a condiciones de mercado y en muchos casos incluso cuentan con disposiciones legales a su favor que les aseguran transferencias estatales para alcanzar determinado nivel de ganancia. El gran capital nacional estaría centralmente conformado como un sector *oligopólico* o agudamente concentrado.

Si se examinan más en detalle las principales fuentes de oxígeno de la economía nacional, según señala Fazio<sup>21</sup>, la mayoría de las veces vemos altos niveles de concentración o tendencias en ese sentido. Las riquezas naturales forestales, silvícolas y mineras se encuentran en pocos grupos –generalmente transnacionales-, mientras que los mercados financieros y los más lucrativos servicios públicos (salud, educación y previsión) se hayan concentrados en sus segmentos de mayor participación en el PIB y en vías de concentración en el resto, conformando el grueso del gran capital nacional. La menguada presencia estatal en tales ámbitos presenta una tendencia a la baja y se focaliza en los sectores de menores ingresos.

En los servicios básicos (electricidad, agua y telecomunicaciones) se han traspasado varios monopolios estatales a manos privadas. Y aunque durante un tiempo asomó una mayor proliferación de empresas –sobre todo en el ámbito eléctrico y de telecomunicaciones- la tendencia al parecer consustancial al gran capital criollo terminó imponiéndose<sup>22</sup>.

En el ámbito del comercio proliferó un mercado en los primeros años de apertura, contribuyendo a instalar aquella imagen de la PYME como un actor fundamental del desarrollo. No obstante, si se observa la evolución del empleo en el sector, se puede apreciar una tendencia hacia su concentración en las grandes empresas del retail. Según la serie CASEN 1992-2006, quienes se desempeñaban en el comercio en unidades de 2 a 5 personas disminuyeron del 6% al 4,9% de los activos. A su vez, quienes lo hacían en el mismo rubro pero en establecimientos de más de 200 empleados pasaron del 0,95% al 4,1%, es decir, se multiplicaron cuatro veces. En un estudio empírico reciente sobre el sector, encargado por la Dirección del Trabajo<sup>23</sup>, se evidencia la fuerte concentración financiera del retail en Chile, su centralidad en la inversión que realiza el gran capital nacional, y su creciente orientación financiera como área de desarrollo más rentable.

La escasa conformación de un mercado propiamente tal en los segmentos de punta del capitalismo chileno permite que los sectores sociales conformados a partir de su propiedad recuperen

---

20 Se distingue entre sector oligopólico y el resto de la economía. Faletto, E y Baño, R (1999) "Transformaciones sociales y económicas en América Latina", Bravo y Allende, Santiago.

21 Fazio, H (2000) "La transnacionalización de la economía chilena: mapa de la extrema riqueza del año 2000", LOM, Santiago.

22 Rozas, P (1999) "La crisis eléctrica en Chile: antecedentes para una evaluación de la institucionalidad regulatoria", CEPAL, Santiago.

23 Kremmerman, M y Durán, G (2008) "Caracterización del sector comercio al por menor –retail- una mirada general", Proyecto Araucaria y Dirección del Trabajo, Gobierno de Chile, Santiago.

algunos rasgos rentistas tradicionales de nuestra élite, que ya sea por la propiedad de la tierra o bien por su vinculación a las políticas estatales de apoyo a la industria durante la etapa desarrollista, siempre logró escabullirse de los mercados más abiertos. Y esto no quiere decir que todo ha sido quietud. Ha habido importantes cambios en su interior, muchos y también agudas luchas. Después de todo, cuando se habla de un escaso desarrollo del mercado, la competencia interburguesa no puede sino expresarse más directamente en su dimensión política, de ahí que para este sector el control del Estado –y por tanto la expulsión de otros sectores sociales de su construcción, incluso de otros sectores de la élite- haya sido tan determinante en los ochenta e incluso todavía.

Pero el sector oligopólico, aunque resulta central, no es el único. Y esto nos lleva a nuestro segundo elemento a considerar: el divulgado mito sobre Chile como un país de emprendedores. Es un lugar común a esta altura declarar la importancia de la PYME en la economía chilena, y usualmente, según varíen los registros empíricos, se habla de que el capital medio y pequeño sería responsable de entre el 60% y 90% de los empleos del país.

No obstante lo anterior, la serie CASEN 1992-2006 indica que el empleo en unidades productivas de 2 a 5 personas ha disminuido de 20,3% a 16,2% de la PEA, mientras que una baja un poco más fuerte tiene lugar en el segmento de 6 a 9 personas (8% a 4,5%). Más allá de estos números, existe un reciente debate académico sobre el rol que las unidades productivas pequeñas ocupan en el capitalismo contemporáneo. A partir de las reformas al modelo de empresa y la generalización en el gran capital de prácticas como el outsourcing, la *externalización* y la *subcontratación*, Thelma Gálvez<sup>24</sup> y otros plantean que las unidades productivas pequeñas muchas veces terminan encadenadas a al gran capital formando una suerte de periferia dependiente.

La encuesta metropolitana del CIES sobre estructura social de 2009 incluye una batería de preguntas que permite analizar tanto el empleo en el gran capital como en el capital medio en función de ésta y otras variables asociadas a nuevas formas de trabajo<sup>25</sup>. Así, se llega a una distinción entre gran capital oligopólico, que concentraría un 37,9% del empleo, y el sector de mercado más abierto (principalmente PYMEs), que absorbería el 62,1% de la población activa. En una primera lectura estos datos parecerían una distribución análoga a las cifras más pesimistas sobre la centralidad en el empleo de la PYME. Sin embargo, cuando se analiza la función que desempeñan los distintos sectores, saltan a la vista diferencias considerables.

Las ramas productivas de mayor empleo del gran capital son el comercio y la industria manufacturera, con un 26,4% y 23,2% de los activos respectivamente, teniendo en consideración que el total del empleo terciario alcanza al 71% según la clasificación internacional. Por su parte, la rama que concentra la mayor proporción de empleo en el capital medio y pequeño –y por tanto, una de las mayores proporciones de empleo general- es la de *actividades inmobiliarias, empresariales y de alquiler*, que incluye distintos tipos de servicios (desde informáticos hasta de seguridad y limpieza) orientados fun-

24 Gálvez, T (2001) "Para reclasificar el empleo: lo clásico y lo nuevo", Cuaderno de Investigación N° 14, Dirección del Trabajo, Santiago.

25 El Centro de Investigación de Estructura Social de la Universidad de Chile realizó una encuesta a nivel metropolitano durante 2009. Y aunque los datos que se presentan son preliminares, permiten captar tendencias en temas como subcontratación y encadenamientos, aparte de nuevas modalidades del trabajo expresivas tanto de precarización como de modernización.

damentalmente a satisfacer necesidades de otras unidades productivas. Es decir, mientras el grueso del empleo en el gran capital se dedica a producir artículos y servicios de consumo final –que definen las relaciones sociales de los individuos-, el capital medio se orienta a proveer servicios a otras empresas, generalmente más grandes.

Al analizar los independientes y empleadores, virtualmente la mitad declara haber tenido sólo *un cliente* o proveedor en el último mes<sup>26</sup>. Es decir, uno de dos independientes o empleadores se encuentra *pegado* a una unidad económica mayor, disminuyendo su autonomía como actor económico.

Es notoria la tendencia de crecimiento del sector concentrado a costa de la PYME. Pero más que eso, el segmento oligopólico posee la fuerza para definir el rol de los demás actores en el juego económico, asumiendo el papel central y directivo en la división social del trabajo<sup>27</sup>. Esto al grado en que las unidades productivas pequeñas no resultan sino un elemento más de operación del gran capital, proveyéndole servicios cuya fluctuación de costo, determinado por el asimétrico poder de negociación entre ambas partes, permite amortizar el balance final del sector oligopólico. Y aunque esto suene como una denuncia contra el modelo, los intelectuales del capitalismo chileno lo han sabido y debatido durante años. Enrique Goldfarb<sup>28</sup> señala que uno de los elementos fundamentales de la política económica de los gobiernos de la Concertación tras la crisis de 1998 fue haber sellado un pacto con el gran capital –en particular con los bancos- que obligaba al capital medio y a los asalariados a pagar los costos de la recesión. En ese momento, apunta Goldfarb, las condiciones de desarrollo de la PYME se redujeron drásticamente debiendo incorporarse al mercado en una situación de mayor dependencia hacia la gran empresa. Además, la falta de oxígeno financiero las obligó a un financiamiento vía créditos de consumo, bastante más caros, lo que a su vez reactivó el negocio de bancos y casas comerciales, fortaleciendo aún más al sector concentrado y rentista.

Si se examina la calidad del empleo en el capital medio tomando en consideración el tipo de contrato y la estabilidad laboral, se puede apreciar que la mayoría de los empleados tienen un trabajo relativamente estable y en general de contrato indefinido (53,6%). Es más. Quienes se desempeñan en la rama productiva de *actividades inmobiliarias, empresariales y de alquiler* tienen virtualmente un trabajo decente universal (81,5%), además de concentrar el grueso de los *profesionales y técnicos de nivel medio* de toda la estructura ocupacional. Es decir, según estándares de OIT, se podría decir que la PYME está más cerca del trabajo decente que el sector concentrado. A su vez, en el gran capital tal indicador llega sólo a 48,6%. Y si se examina el rubro de mayor participación en el empleo, el comercio, el porcentaje de flexibilidad laboral llega al 45,2% sumando subcontratación y contratos de empleo temporal. En efecto, el sector concentrado de la economía, y en especial el comercio, concentran la mayor parte de los trabajadores no calificados, el grupo más bajo de la clasificación OIT.

<sup>26</sup> Según los criterios de medición utilizados basados en el trabajo de Thelma Gálvez.

<sup>27</sup> Existen todavía varios sectores de la economía terciaria alejados de los segmentos mencionados. Trabajo marginal de subsistencia, gremios tradicionales como el rodado o el pequeño comercio siguen siendo significativos en la estructura social chilena, aunque ya han dejado de crecer. Sin embargo, incluso estos sectores comienzan cada vez más a encadenarse a la economía formal. Intentos recientes de modernización del transporte urbano en Santiago o bien la relación entre el comercio detallista de gran escala y el pequeño dan cuentas de un proceso de pérdida de autonomía de estos sujetos, que si bien no es igual de acelerado que en los segmentos analizados, sigue presente.

<sup>28</sup> Economista de derecha formado en Chicago. Colaboró con el régimen militar durante los años ochenta. Ver: Goldfarb, E (2007) "No todo está perdido, la encrucijada de las pymes y de la clase media", Tajarar, Santiago.



Los trabajadores independientes más encadenados presentan un perfil ocupacional de baja calificación. Aquél sector de unidades productivas ajenas al sector oligopólico, que brinda servicios al gran capital pero que mantiene una mayor autonomía de éste y experimenta situaciones de mercado (más de un cliente y un proveedor en el mes), exhibe una tasa alta de trabajo decente (81,5%) y concentra una gran cuota de trabajadores profesionales medios asalariados. ¿Cómo puede interpretarse el hecho de que el sector más concentrado tenga un nivel de flexibilidad contractual mayor que el capital medio más sometido a condiciones de mercado que le brinda servicios? Una interpretación posible es que ciertos servicios *profesionales* o que impliquen cierto saber acumulado permiten adquirir una autonomía más significativa, diferenciándose del perfil ocupacional de baja calificación que presentan los trabajadores independientes y empleadores más encadenados.

Más allá de si esta interpretación resulta correcta, el punto es que la recurrente simplificación que señala que la flexibilidad contractual es un tema de la PYME no encuentra sustento. El capitalismo de servicios del que hablábamos nos muestra entonces un actor central y explicativo tanto de las nuevas burocracias más altas de tipo profesional<sup>29</sup> como del fenómeno del trabajo precario: el conjunto del comercio, servicios sociales y servicios públicos de rasgos rentistas, altamente concentrados y financiados.

Sin embargo, aquel complejo de servicios -que expresa el grueso de la transformación reciente- cobija enormes niveles de heterogeneidad. Además de las diferencias que existen entre este sector y el resto, puesto que aún sobreviven importantes segmentos de la realidad anterior y muchos de ellos con alta capacidad de proyección a las nuevas situaciones, en su interior presenta diferenciaciones importantísimas que aparte, por su reciente origen, son de naturaleza cambiante y ambigua pues expresan un proceso de constitución en curso más que una formación ya madura. Es decir, en su interior se observa la presión y conflicto de actores colectivos e individuales por asegurar una posición en medio del movimiento de grandes placas tectónicas que aún no se estabilizan.

Se puede contribuir a esclarecer algo el panorama mediante una interpretación gruesa que intente aproximarse a las distinciones más básicas de la nueva economía terciaria. Los datos observados, desde distintos registros empíricos, permiten aproximar un panorama general de los diferentes anillos de este complejo terciario, al menos en su expresión metropolitana. Si se tuviera que distinguir los grupos o categorías sociales más genéricos en este contexto, habría que situar como *primer anillo* la columna vertebral de asalariados de la gran empresa cuya función principal es la de dirigir y coordinar el proceso productivo. Los propietarios, los gerentes y la burocracia directiva más adyacente a éstos configuran una *capa elitaria* que seguramente es el contorno más inmediatamente adyacente a las cúpulas tecnocráticas del régimen; no obstante, aquel segmento apenas es la parte superior de una importante casta burocrática desarrollada en el seno del sector oligopólico. A pesar de que este segmento presenta un alto nivel de contratos precarios, también exhibe una importante cuota de empleo de calidad y mo-

---

<sup>29</sup> *Acá hay dificultades que provienen del uso inadecuado de ciertos cargos en Chile respecto a su sentido en la clasificación internacional. Existe un exceso de gerentes y subgerentes que hace crecer el grupo más alto, fenómeno esencialmente vinculado al retail. En cualquier caso este grupo, cercano al 6% de la fuerza de trabajo, presenta un perfil profesional más alto que los profesionales y técnicos de nivel medio que concentran el grueso de la mano de obra del capital medio que brinda servicios en condiciones de mayor autonomía a la gran empresa. Es decir, a pesar de que pudiera estar mal clasificada la burocracia alta del retail como fuerza directiva, expresa sin duda un sector acomodado respecto al contexto de la estructura ocupacional que está por encima de los profesionales tanto tradicionales como los de nivel medio.*

derno que como tal, similar a lo que León y Martínez llaman *burocracia privada alta y media de servicios*, constituye un fenómeno relativamente nuevo.

Un *segundo anillo* estaría conformado por el segmento del capital medio que otorga ciertos servicios a empresas de expertise práctica relativamente compleja, aumentando la demanda de profesionales y técnicos de nivel medio y de trabajo de mayor calidad. Sin embargo, su autonomía es relativa puesto que su principal contratante es el gran capital y aquella relación ocurre en un contexto de carestía del crédito productivo y alto nivel de endeudamiento. De todas maneras, ambos anillos exhiben importante cuota de profesionales y calificaciones altas (técnicos medios incluidos), lo que posiciona al país como una excepcionalidad en el contexto latinoamericano.

Finalmente, un *tercer anillo* estaría configurado por las ocupaciones de la línea de producción y servicios de apoyo de menor complejidad en los principales rubros del gran capital (vendedores, obreros, personal de atención a clientes y guardias de seguridad, por nombrar las frecuencias más altas), que se insertan de manera más directa al sector oligopólico –en gran medida son su fuerza trabajadora– pero en una condición de mayor dependencia mediante modalidades más propias del trabajo precario<sup>30</sup>. Acá confluyen tanto asalariados precarios directos del sector oligopólico como independientes fuertemente encadenados. Además de la subordinación y dependencia compartidas (más allá de las formalidades contractuales) el nivel educacional y el tipo de ocupaciones más típicas, de baja calificación, sugieren considerar ambos sectores como parte del mismo anillo.

Aquí pueden tomar otra perspectiva distintas discusiones. La des-estatización de la clase media profesional y su instalación asalariada ya sea en la burocracia del sector oligopólico o en el capital medio como proveedores de servicios al gran capital, la emergencia del empleo precario y su centralidad en los sectores más dinámicos del modelo de desarrollo, el surgimiento de nuevas burocracias centrales y altas de carácter profesional, etc. Procesos de desestructuración de la vieja estructura confluyen y se mezclan con la aparición de las distinciones gruesas ofrecidas.

Las distinciones propuestas pueden ayudar a comprender las diferentes maneras en que un individuo incorporado en cualquiera de estos segmentos puede considerarse de clase media, ya que buena parte de las ocupaciones planteadas, al compararse con la imagen tradicional que existe tanto del trabajo manual obrero como del trabajo informal de subsistencia, aparecen como un paso adelante. A esto debemos agregar el desarrollo del comercio y los servicios como objetos de consumo, lo que permite ayudar a completar el mentado panorama de la mesocratización de la sociedad chilena. Seguramente los sectores que configuran la nueva burocracia alta y media del sector privado oligopólico no son únicamente desgajados de la vieja clase media estatal reconvertida, lo que podría implicar ciertos niveles de movilidad social ascendente de otros actores. El anillo profesional de servicios a la gran empresa, también, con cierta seguridad requeriría incorporar a segmentos de la vieja clase obrera, en una medida análoga a la que el tercer anillo involucra en dinámicas de empleo formal en el sector moderno

---

30 Aunque todavía subsiste una cuota de terciarización espuria más marginal, debe tenerse en consideración que el crecimiento del sector formal vinculado al gran capital ha permitido integrar a sus dinámicas de empleo una cuota no menor de segmentos sociales otrora marginales; según el registro del CIES a nivel metropolitano, el grueso de los trabajadores jóvenes no calificados va a parar al sector oligopólico. Por otra parte, lentamente se han vuelto también sujetos de consumo en el circuito formal, siendo incluso tendencialmente financiarizados como indican Kremerman y Durán en el estudio citado.

a sectores antes tal vez más cercanos a situaciones de exclusión y marginalidad.

Es necesario tomar en consideración el carácter mismo de la relación entre estos anillos. Primero a nivel individual, asegurar una condición privilegiada en alguno de estos escalafones resulta de gran dificultad puesto que su propia estructuración es un proceso aún en gestación y altamente dinámico. La entrada y salida de las posiciones más codiciadas no depende de una disputa de sectores socialmente organizados, sino que obedece, como resulta evidente, a estrategias individuales de movilidad o reproducción social. En ellas se ha vuelto cada vez más central la conquista de un título profesional y el acceso a redes sociales más elevadas. De esta manera, la creciente presión por ingresar a los templos de la clase media profesional provoca un resquebrajamiento de sus tradicionales cierres sociales, ante una mayor demanda, y por lo tanto, aparece una suerte de *instrumentalización* de dicho juego de poder que pone excesiva fuerza en la conquista formal del título profesional como señal de mercado, al mismo tiempo que se recrudece –y pierde visibilidad en cuanto tal- la simple y fáctica expresión en tal disputa de los capitales acumulados por los distintos actores en las generaciones previas. Dicho de otro modo, la educación se transforma en el principal predictor de la posición social de la misma manera en que la posición social deviene en el principal predictor del nivel educacional.

A lo que alude el bucle en cuestión es a que la lucha por un título se constituye en un nuevo escenario de disputa social que, aunque mantiene las fuerzas previamente acumuladas, las obliga a transformar sus códigos de operación hacia un predominio de relaciones sociales de carácter instrumental o más nitidamente formalizadas, ampliando las posibilidades de dominación legítima de quienes detentan el sagrado código de la verdad técnica y la capacidad de definir las tasas de conversión y diferenciación de capital cultural en capital económico. Es aquel cambio tendiente a la instrumentación y mercantilización de la propiedad de los saberes y las profesiones el que hierde de muerte al ethos de la vieja clase media, pues ésta articulaba como *vitalidad* tanto sus grados académicos como la impronta valórica del chile desarrollista. El frenesí por el título profesional hace decaer las visiones tradicionales sobre la *excelencia*, abriendo flanco a los enfoques tecnocráticos que definen calidad recurriendo a la rentabilidad futura del título más que a su calidad en cuanto valor de uso<sup>31</sup>. La obsesión por las redes sociales instala un arribismo que desdibuja la tradicional preocupación de los sectores medios por la mesura y la sencillez, transformando tales valores casi en costumbres decimonónicas que aunque se valoren como positivas, el pragmatismo y la necesidad por ser incorporado obliga a guardar en el cajón de los recuerdos. El ingreso a la clase media profesional no significa ya la emancipación respecto a los estereotipos del cuerpo, la moda y la ropa, sino más bien una subordinación más aguda –e interesada- a éstos.

En el plano colectivo, aunque operen todos los anillos descritos en base a un sector concentrado y principalmente terciario<sup>32</sup>, lo que podría indicar ciertas condiciones comunes de constitución de

---

31 Lo que generalmente se presenta bajo el eufemismo de las posibilidades de inserción laboral de determinada casa de estudios respecto a otra.

32 Los cambios analizados también pueden ser observados en la economía primario-exportadora. Aunque ésta resulta de menor impacto en la generación total de empleo, es de gran importancia para el modelo de desarrollo puesto que concentra el grueso de la inversión extranjera, mientras la inversión nacional –siguiendo a Kremerman y Durán- va a parar al sector terciario y en particular al retail. Lo relevante de los servicios, en ese sentido, es su capacidad de articular la vida social del país y en sus principales centros urbanos, capacidad que ya perdió la economía primaria. De ahí que el examen sociológico de estos sectores se tan relevante.

conflictos, experimentan relaciones laborales distintas: los trabajadores de la burocracia alta y media del capitalismo de servicios tienen fuertes conflictos con los trabajadores de condición más precaria, al grado en que sus organizaciones habitualmente se polarizan con los intentos de articulación de estos últimos. En el caso de la minería, el sindicalismo de los subcontratados debió conformar una organización distinta y hasta contradictoria con la tradicional Federación de Trabajadores del Cobre. En el rubro de las eléctricas y las empresas sanitarias, las organizaciones sindicales no incluyen dentro de sus reivindicaciones las demandas del personal subcontratado o externalizado, a pesar de llegar a representar más de la mitad del total de trabajadores del sector. Y además de estas dificultades, debe considerarse que muchas veces los trabajadores precarios no son contratados directamente por la empresa mandante, lo que dificulta aún más la estructuración de acción colectiva.

Por otra parte, los asalariados del capital medio que cuenta con mayores niveles de autonomía tienen un nivel de vida apenas inferior que su contratante directo. Como muchos estudios de PYME indican, en lugar de relaciones formales en código de racionalidad instrumental, el vínculo fundamental en dichas organizaciones es familiar o de amistad, lo que impide una polarización así descrita. Además, en caso de prestar servicios al gran capital, éstos no implican un desempeño prolongado en una misma faena; es justamente en este segmento –como venimos señalando– que el capitalismo criollo desarrolla en cierto nivel un mercado propiamente tal. Se trata de unidades pequeñas y móviles que no permanecen demasiado tiempo en un mismo lugar, y que por lo tanto, difícilmente pueden desarrollar dinámicas comunes con otros sectores.

Cuando asoman intentos de articulación de los asalariados más golpeados por la precarización laboral, en general presentan –como es habitual en el mundo sindical– una fuerte carga corporativa, que impide el desarrollo de conflictos más amplios. Pero de mayor importancia aún, hay diferencias cualitativas muy marcadas, tal como hemos venido comentando, en la dinámica de inserción de estos sectores respecto de las burocracias centrales o del capital medio de función profesional. Estructuralmente los estancos mencionados aparecen como realidades disímiles, y no es poco habitual que existan conflictos entre éstos más que de aquellos con actores más elitarios. Si a eso agregamos la inestabilidad de las posiciones en esta marea de cambios, las posibilidades de acción colectiva resultan aún más complicadas.

## **Racionalidad Tecnocrática y Capitalismo de Servicios ¿Una Nueva Versión del Antiguo Maridaje entre Rentismo y Liberalismo?**

Cuando Daniel Bell acuña el concepto sociedad post-industrial, se propone examinar en detalle la tecnocracia. Observa que en el capitalismo industrial la ciencia y la tecnología corrían por carriles separados. El desarrollo de las últimas teorías químicas a fines del siglo XIX, comenta, no tuvieron papel alguno en las revoluciones industriales. Tales procesos eran producto de inventores autodidactas, esencialmente frutos del conocimiento intuitivo y del ingenio. Sin embargo, ya entrado el siglo XX, la complejización de los procesos productivos introduciría cada vez más la necesidad de vincular ciencia y tecnología, al grado en que no hay prácticamente innovación productiva en nuestros días que no incorpore una cantidad importante de trabajo científico aplicado.

El acercamiento de la ciencia a la tecnología aplicada transformaría de cuajo la mentalidad del cuadro medio y directivo en el capitalismo. Tomaría lugar una verdadera revolución contra el conocimiento intuitivo basado en la experiencia a favor de un conocimiento teórico abstracto más apropiado para manejar procesos complejos y multivariables. Finalmente, emerge lo que Bell llama una *nueva tecnología intelectual*, cuya expresión más nítida sería el código del software: un conjunto de instrucciones abstractas que permiten manejar problemas complejos. Aquella sería el basamento de la racionalidad tecnocrática.

Cuando se habla de tecnocracia, en general se hace en referencia a dos esferas: a su dimensión técnica (la *tecnología intelectual* y los cuadros que la profesan) como producto social de desarrollo de las fuerzas productivas, y a la *dimensión política*: su papel cada vez más determinante en la política, su capacidad de definir lo que queda dentro y fuera de la esfera pública.

En el caso chileno el desarrollo de la tecnocracia como *tecnología intelectual* –si se quiere, en su dimensión productiva-, es más bien limitado. Esto porque el modelo de la tercerización chilena no se basa en el creciente papel de la ciencia en la creación de valor, sino más bien en la lógica rentista de servicios sociales, comerciales y públicos altamente concentrados. En el caso de la economía primario-exportadora, como se sabe, el tratamiento de las materias primas en suelo chileno es más bien escaso. La concentración financiera de servicios livianos y en particular del comercio, según señalan científicos españoles, es el peor contexto posible para el desarrollo del I+D<sup>33</sup>. Resulta ampliamente comentado incluso por los intelectuales adeptos al modelo que nuestra economía privada no ha sido capaz de dar el salto necesario en tales materias consustanciales a la *sociedad del conocimiento*. Es más. El grueso de la actividad científica la llevan adelante todavía las instituciones sobrevivientes de la etapa desarrollista<sup>34</sup>. Así las cosas, la nuestra es una tecnocracia débil en su dimensión técnica. El *desarrollo* concebido de manera sustantiva no está a la vuelta de la esquina, puesto que no se puede eludir en tal horizonte el progreso de una industria compleja<sup>35</sup>, sobre todo si utilizamos una concepción de desarrollo algo más densa que la batería de indicadores promovidos por la tecnocracia (como el ingreso per cápita o el índice de desarrollo humano que esté de moda). En un rasgo de continuidad más que de ruptura respecto de la historia de nuestro país y de su élite, la transformación estructural reciente ha removido los cimientos de muchas cosas pero no de la sempiterna incapacidad del capital criollo de empujar procesos de mejoramiento de nuestra estructura productiva que alteren los grados de dependencia en que el país se inserta en el mercado mundial. O dicho de otro modo, lo que constituye la versión contemporánea de la humeante chimenea de la industria, el desarrollo tecnológico y la economía terciaria de punta –junto con las relaciones sociales más modernas y post-materiales que traen supuestamente aparejadas-, siguen siendo un horizonte que el modelo chileno nos presenta como deseable pero al que no nos acercamos con la rapidez que a menudo se cree.

33 Barbería, J L (2007) "Un modelo de I+D+i obsoleto", publicado en *El País*, Diciembre, España. Disponible en: [http://www.elpais.com/articulo/sociedad/modelo/I/D/i/obsoleto/elpepusoc/20071203elpepisoc\\_5/Tes](http://www.elpais.com/articulo/sociedad/modelo/I/D/i/obsoleto/elpepusoc/20071203elpepisoc_5/Tes)

34 Ver: Rodríguez, J y Tokman, M (2005) "Economía del conocimiento para un crecimiento sostenido", *Serie En Foco, Expansiva*, Santiago.

35 Weller recalca el hecho de que la línea divisoria entre el desarrollo y el subdesarrollo es la industria. Ver Weller, J. (2004) "El empleo terciario en América Latina: entre la modernidad y la sobrevivencia", en *Revista de la CEPAL* N° 84, División de Desarrollo Económico.

No obstante, el desarrollo político de la tecnocracia ha sido formidable. Y aquello no resulta tan extraño después de todo, ya que quienes han ocupado posiciones elitarias –no necesariamente los mismos– han sabido a lo largo de estos 200 años tomar los relatos y formas de racionalidad de *moda* en el mundo desarrollado para interpretarlos de tal manera de rescatar su admirable capacidad de producir orden y consenso en los segmentos sociales más adyacentes al espacio político y que por tanto podrían disputar el sentido de marcha que las élites le imprimen a la sociedad chilena; en pocas palabras, para integrar y disciplinar a las capas medias. Su derrota política tras el crack del Estado de Compromiso, más la jibarización del empleo estatal, crearon las condiciones para que las cúpulas tecnocráticas desarrollaran una nueva forma de hegemonía ideológica y también formaran y dirigieran las nuevas burocracias privadas comerciales y de servicios. De la misma manera en que el rentismo terrateniente utilizó el liberalismo para que todo cambiara sin que cambiara nada, el peso de la noche<sup>36</sup> en los albores del siglo XXI adquiere cierto aroma tecnocrático, actualizando una esfera política decisional en extremo reducida y un orden social también en extremo desigual.

El vacío de la vieja clase media en la constitución del orden político se ha ido llenando con la alianza entre el gran capital rentista nacional, la inversión extranjera y las cúpulas tecnocráticas. Y aunque esta alianza de cuando en cuando muestra signos de conflicto interno<sup>37</sup>, parece lo suficientemente sólida para frenar los intentos de reforma que a veces se plantean desde el desgastado sistema de partidos o desde los espacios que tal agotamiento ofrece a ciertos actores sociales.

Ahora bien, lo anterior no puede llevarnos a desconocer los profundos cambios acontecidos en la sociedad chilena y su carácter refundacional respecto al contexto latinoamericano. La burocratización del empleo y el crecimiento de las capas profesionales son fenómenos reales, aunque altamente heterogéneos y lejanos tanto del patrón espurio como del patrón post-industrial. Constituyen un producto genuinamente autóctono pues combinan la rigidez tecnocrática en su dimensión política con la alta concentración económica y el rentismo estatal típico del capitalismo chileno; la debilidad técnica de la tecnocracia es la contracara de su fortaleza política, el sello que su alianza con el capital rentista le imprime. Estos procesos articulan una expansión del trabajo burocrático y profesional en el sector privado al mismo tiempo que hacen entrar en crisis la producción científica avanzada todavía dependiente de la etapa desarrollista; con una mano se promueve la racionalización y secularización de las viejas tradiciones en nombre de la modernidad y del mercado mientras con la otra se promueve el resurgimiento del fundamentalismo religioso y de las explicaciones mágicas mezcladas de relatos *emprendedores* alusivos al irracional *liderazgo*.

Que elementos discursivos conservadores y tradicionales subsistan en el contexto de los cambios actuales no niega su profundo efecto en las relaciones sociales, sobre todo a nivel del agente. Al revés, la centralidad que adquiere el conservadurismo discursivo en los anhelos y horizontes de los individuos puede ser expresiva del grado profundo en que tales formas de vida se han diluido. Una mirada

---

36 La tesis central del ensayo de Jocelyn-Holt (1999), *El peso de la noche*, Planeta, Santiago.

37 Interesante resulta al respecto la tensión, y expresiva de la amplitud de temas que se encuentran bajo dominio del código tecnocrático, entre el director de Chile Deportes, Gabriel Ruiz-Tagle –principal accionista de Colo-Colo– y el Presidente de la ANFP, Harold Mayne-Nichols. Este último, en un proyecto esencialmente tecnocrático, plantea al capital rentista la necesidad de asumir tasas de ganancia menores en el corto plazo para poder costear la modernización de la actividad futbolística en general. El capital rentista no se muestra interesado por tales objetivos, prefiriendo una rentabilización rápida de los nuevos dineros provenientes de la transmisión televisiva del fútbol.

encandilada y hasta provinciana, típica de quien hasta hace una generación veía muy desde fuera las luces de la modernidad, es capaz de articular una síntesis entre el chilénísimo frenesí por el progreso y el anhelo nostálgico por una vida más comunitaria, donde las relaciones sociales tengan un mayor grado de predictibilidad y estabilidad. Este tipo de mezclas a menudo integran elementos disímiles -y hasta contradictorios- en un contexto estructural cambiante, lo que limita la potencialidad explicativa de las miradas centradas en el análisis discursivo, sobre todo si éstas se separan del estudio de la estructura asumiendo la coherencia o incoherencia del relato de los actores como una cuestión ahistórica, meramente lógica o sometida al significado letrado de los conceptos utilizados, es decir, al significado que tales ideas tuvieron en su diseño inicial, la mayoría de las veces en el primer mundo. Hoy, en el presente contexto de cambios, bien puede ser que los chilenos deseen más Estado y más mercado al mismo tiempo, que se definan liberales y conservadores dependiendo de cada materia, que cada vez más el eje izquierda y derecha signifique menos en aras del liderazgo personal o la empatía, etc.

La sociedad chilena nos presenta entonces una versión periférica y dependiente de *la clase de servicio*<sup>38</sup> y de *la tecnocracia*, un proceso autóctono que combina ciertos rasgos de la modernización contemporánea en el contexto de una tercerización centrada en el comercio y los servicios sociales, desvinculada de las ramas de mayor desarrollo tecnológico y generación de valor. No obstante, a pesar de tal carácter, este proceso de tercerización ha permitido una burocratización del trabajo que transforma a este segmento en uno de los más numerosos de la estructura ocupacional, además de ser capaz de integrar al mercado formal el grueso de los trabajadores no calificados, otrora vinculados a la economía informal, como sucede hasta hoy en el resto de América Latina.

Tales procesos, con sus contradicciones y especificidades, nos hacen enfrentar el desafío de caracterizar estas tendencias, en medio de un país periférico, mientras aún no se cierra la discusión sobre su madurez en el capitalismo avanzado. **N**

---

38 Nombre que Goldthorpe le da a las nuevas clases medias del capitalismo avanzado, caracterizadas por una relación laboral asalariada basada en la confianza y su rol directivo en el proceso de trabajo.